



Año IV.

Barcelona 22 de Agosto de 1890.

Núm. 167



LA Semana Comica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTROS PINTORES, POR ESCALER.

Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 a 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. 1'50 ptas. trimestre
Provincias. 5 " semestre

Números atrasados: 2 real.



MODESTO URGELL

Ayuntamiento de Madrid

POLVORILLA.

«¿Estamos todos?»

Y después de proferir majestuosamente esta frase habitual, enristaba el cornetín, marcaba con él dos ó tres signos cabalísticos en el aire y en funciones de compás, y embocándose luego el reluciente instrumento, inflaba el pobre murguista los carrillos y soltaba una de agudos sonidos, mal entonados y estreptosos, que era lo que había que oír. Solo otro compofesor, y valga la hipérbole, acompañaba á aquel Arbán de callejuela; pero, á no dudarlo y por la manera autoritaria con que se ladeaba á punto de empezar sus serenatas, creíase, ó poco menos, Polvorilla el mismísimo Straus y al frente de una muy numerosa orquesta.

Polvorilla usaba el de Juan por nombre de pila, pero nadie le conocía sino por el apodo. A saber quien se le puso; pero la comadre que fuera no estuvo desahogada en tal achaque, pues el mote le cuadraba al murgista á maravilla; que era el mal-trecho hijo del arte músico bien así como el movimiento continuo. El conocía á todos los sacristanes, se codeaba con todos los monaguillos, trataba á todos los porteros, gastaba bromas con todos los agentes de asuntos matrimoniales y tenía amistades provechosas en la calle de la Pasa. Por modo tal, no había boda que no oliese, bautizo que no vientease ni celebración de días de que no anduviese enterado, y á cuestras con su cornetín y remolcando al del trombón, recorría en una noche los diez distritos de la capital disparando á diestro y siniestro polcas y vales. Y por la tarde desempedrabas las calles y plazas, corriendo más que un galgo, ejecutando, como ordenanza, mandados de no sé qué agencia de negocios, y únicamente contaba como libre la mañana, la cual destinaba, según él pomposamente decía, á un ratejo de academia con su compañero de murga; ensayos cotidianos tan alborotadores y disparatados, que no volvían sordos á los vecinos porque, hijos del trabajo, madrugaban y abandonaban temprano el misero domicilio. Y parecía imposible en Polvorilla semejante trágica, pues no era él hombre, ni con mucho, vigoroso y robusto, sino enteco y canijo, chupado y amarillo como un cirio, por sobras de infia y faltas de nutritivo alimento, y débil y flojo por ende y de no muy buena salud. Pero algo á maneta de hierro regenerador le sostenía, que si no fuerza al cuerpo, energías al espíritu le prestaba, y ese algo era su amor de padre.

Polvorilla tenía una hija en quien adoraba: allí donde hay una mujer hay un nido, y así lo pasaba en su cuchitril el murguista, ni envidiado ni envidioso, contento y alegre y muy conforme con su suerte. Más que padre era Polvorilla esclavo de su hija, y el menor gesto de disgusto de la muchacha desarmaba las iras del músico y le trocaba en humilde y compungido. La bondad es debilidad cuando llega á cierto extremo, y tan tupidamente cegaba á Polvorilla, que no tenía ojos para ver lo que más debiera distinguir. La chiquilla cosía para fuera y el padre apenas ganaba para vivir, y sin embargo, no le faltaban á la moza finísimas medias y

zapatos de charol y ricos vestidos, y cuando el lujo no lo sostiene el desahogo pecuniario lo alimenta el vicio. La hija del murguista velaba en su oficio, según ella decía, todas las noches, pero cualquiera la hubiese encontrado fácilmente, á buscarla en algún baile público. Y por si no, recibía cartas que trascendían á señorío y citas, y á lo mejor tal cual alhajilla de no muy clara procedencia. Y con esto coincidían en la muchacha ciertas ojeras, ciertas palideces y ciertos cansancios harto elocuentes para otro que no para un tan pobre hombre como era Polvorilla. Y así un día y otro, Polvorilla buscando la compañía de su hija, y su hija rehuyéndola con excusas y pretextos, hasta el punto de que gracias si el pobre padre conseguía que la muchacha fuese con él de merendola algún que otro domingo por la tarde. ¡Cuántas veces al volver á su bohordilla el murguista, cansado de su nocturno trabajo, se la hallaba sola, fría, sombría y triste, como todos los nidos sin ave, y cuántas tambien, harto de esperar, se acostaba el infeliz padre sin lágrimas en los ojos, pero con horrible angustia en el alma! ¡Aquel despiadado taller le robaba su hija, su alegría! Y ni la más leve sospecha germinaba en el corazón del cándido músico, que muy lejos estaba de adivinar la verdad de lo que ocurría.

Es casi un axioma que lo que ha de suceder sucede. Una noche en vano esperó Polvorilla á su hija; no vino. Lleno de zozobra y angustias, con una tempestad en el alma, tanto más terrible cuanto que no estallaba, se devanó los sesos en vano buscando una explicación á tal ausencia. En cuanto fué de día voló más que corrió al taller donde la muchacha trabajaba; no la habían visto en él desde la tarde anterior. La noticia le produjo en el pecho así como una mordedura, y un relámpago pasó por su mente. Medio idiota en fuerza de dolor, á punto de enloquecer, tornó á aquel su nido, ya sin alegrías y gorjeos, y no faltó allí un vecino indiscreto que le contó cómo la ingrata moza había huido en compañía de un pisaverde y en un muy lujoso coche la vispera al anochecido. Ya no era posible la duda: vió de súbito Polvorilla ante sus ojos todo el infierno de su desdicha; sintió que una férrea despiadada mano le arrancaba de pronto algo que formaba parte de sus entrañas; así como un martillazo le descargó en el cerebro y cayó al suelo y á plomo como una res degollada por mano del puntillero.

Su enorme desventura no concluyó aquí, pues no le arrancó la vida. A los tres ó cuatro meses, salía del hospital más muerto que vivo, sin apenas poderse tener en pié, exhausto y débil ante la sacudida de la pasada enfermedad, medio imbecil y punto menos que insensible, y sin otro amparo que el de Dios. El día que dejó el hospital vendió su pobre cornetín en el que ya no podía soplar, y tal era el estado de su ánimo, que no derramó ni una lágrima al desprenderse de aquel inseparable compañero de sus infortunios; ni un rayo de luz iluminó aquella razón muerta. El estómago reclamaba su tributo, y el instinto le hizo enagenarse del instrumento.

Pero al volver una esquina hirió los oídos de Polvorilla el estrépito infernal de una murga. Detuvo el infeliz su paso de sonámbulo, experimentó como un sacudimiento, se iluminó su vista, surgió

la luz en su cerebro, se ladeó bruscamente, le dijo al espacio: «Estamos todos» y recordando de pronto, dejó de ser cosa para tornar á ser hombre y sus ojos se llenaron de lágrimas. Todo el horrible pasado le apareció en la mente bañado con siniestros resplandores. — ¡Oh! ¡Es verdad! — exclamó con hondísima pena; y sin serle dado el moverse, quedóse plantado como una estatua en mitad de la calle.

Súbito oyó un ¡eh! vigoroso; volvióse el murguista por instinto; un coche se le echaba encima. Polvorilla no tuvo tiempo de apartarse y cayó atropellado por los caballos que le machicaron horriblemente el cuerpo. Una mujer que iba en el *milord* lanzó un grito de espanto, que se confundió con una sonora interjección proferida por el cocher.

Polvorilla sintió que una rueda le pasaba por la cabeza, pero antes acertó á ver el rostro de la mujer, y entre su aturdimiento, las ansias de la muerte, la oleada de sangre que le cegaba los ojos y el dolor de la herida, le pareció al pobre murguista reconocer el rostro de su hija en la dama del carruaje. El auriga, al notar el entuerto, fustigó los caballos, que se alejaron al galope y se perdieron en un instante de vista. Acudieron los guardias y algún transeunte á levantar al atropellado. Había muerto y en su boca, contraída dolorosamente, había algo elocuente y mudo, que no se sabía si era una maldición terrible ó una frase de perdón sorprendida y helada por la muerte...

ALFONSO PEREZ NIEVA.

JOSÉ ZAHONERO

Pertenece Zahonero á esos pocos escritores que hacer saben de un tintero una caja de colores.

Con tinta escribe que cien colores distintos suma...

¡Parece que moja en el Arco Iris la pluma!

Y su excepcional talento convierte yo no sé como en un cuadro cada cuento, cada página en un cromó.

Cuando escribe, en el papel brotan flores aromosas y quedan presos en él pájaros y mariposas.

En sus cuentos pequeñitos copia, siempre á maravilla, los colores infinitos de las vegas de Castilla.

Ya por modos magistrales al papel traslada luego aquellos rubios trigales que el astro-rey dora á fuego; ya á la realidad arranca y aprovechar se permite alguna carita blanca del tamaño de un confite...

Los chicos son las figuras que completan el paisaje. ¡y en dar á luz criaturas no hay mujer que le aventaje!

A ellas dedica su genio, genio de gustos sencillos: ¡cada parto de su ingenio

significa tres chiquillos!

Timidos ó revoltosos crea niños á millones...

¡si ha llenado de mocosos todas las *Ilustraciones*!

Tantos creó que, á contarlos, gran cantidad resultara.

¡Si tuviera que criarlos á fé que no los creara!

No extraño que esos afectos sienta por los *rapaciños*, saliéndole tan perfectos como le salen los niños.

Los pinta con tan galanas frases y de tales modos, que á cualquiera le entran ganas de comérselos á todos.

Cuantos chicos ha creado son de un genero tan fino, que se ha desacreditado todo el sexo femenino.

¿Que una madre al mundo da un niño como un lucero?

¡Que se calle, donde está la pluma de Zahonero!

Si cualquiera se fijara en cuentos que yo leí de don José y se empeñara en tener chicos así,

sus esfuerzos fallarían aunque fuesen inauditos...

¡los nenes no le saldrían ni la mitad de bonitos!

Es cosa difícil eso de tener chicos preciosos,

porque los de carne y hueso siempre salen defectuosos.

Y los de los cuentecillos de este excelente escritor no son como los chiquillos de la calle... ¡no, señor!

Son angelitos del cielo que, si no se les encierra, tienden enseguida el vuelo en dirección á la tierra.

Estos pillos-esconder se suelen en un lugar donde haya flores que oler y pájaros que escuchar; y yo, lector, he sabido que don José Zahonero de esos tunos ha podido encontrar el paradero.

Le enamoró la hermosura de la celestial cuadrilla y como en una llanura los encontró de Castilla, cuando de Castilla trata viénensele á la memoria y á lo mejor va y retrata á un prófugo de la gloria.

Por eso hallan los lectores, de don José en la brillante prosa, llena de colores, jugosa y exuberante, pardillos y colorines, mariposas descocadas, flores, luz... y querubines con las alitas cortadas

FERNANDO SEGURA.

HERENCIAS

Nació en el piso principal de uno de los mejores palacios de la corte. Envolvieron su cuerpo en riquísimos pañales. Colocaron su cuna—construida

con hierro, plumas y gasas—en una habitación cuyas paredes se hallaban cubiertas de raso blanco. Una nodriza, escogida entre las más robustas y lozanas de la montaña, vino á criarle.

Cuando le bautizaron, el órgano de la iglesia

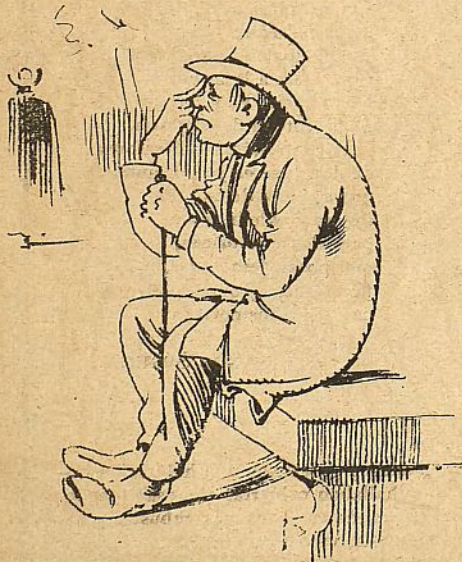
UN HOMBRE DISTRRAIDO. POR ~~SCALER~~



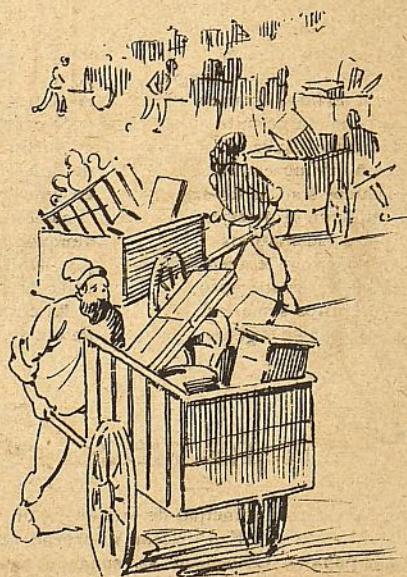
D. Severo era un hombre distraido, muy distraido, como puede verse;



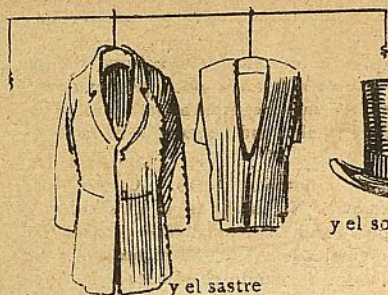
tan distraido, que más de una vez su ropa pagó el pauto de sus distracciones.



Un día le acude á D. Severo una idea feliz: ¡él debía casarse!



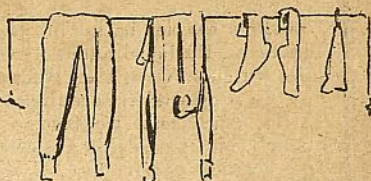
y dicho y hecho: á los pocos días, el mueblista



y el sombrerero



y el zapatero



y etc., etc., etc...

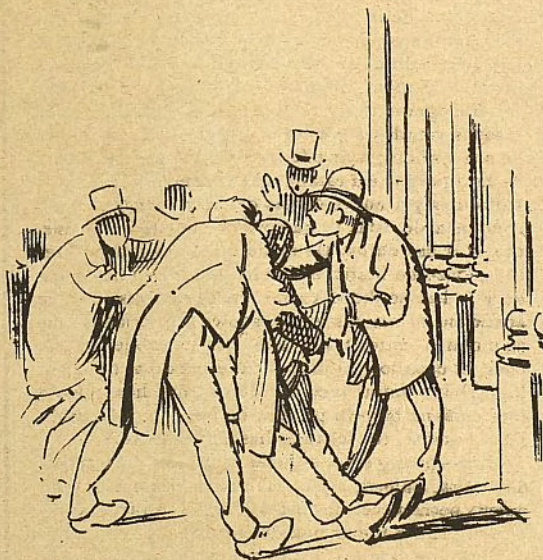
proveen á D. Severo de todo lo necesario



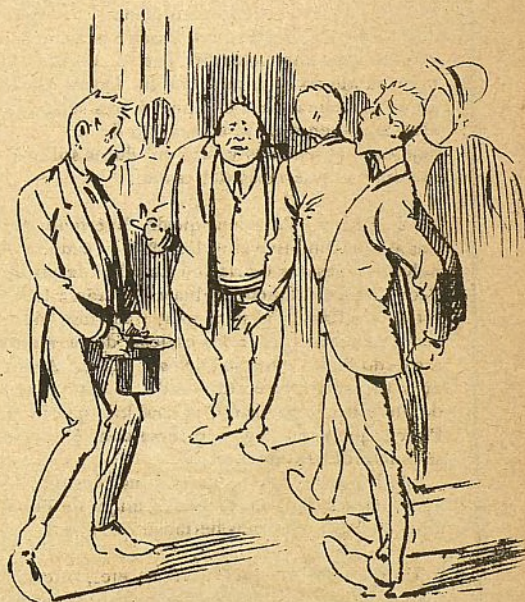
y sus amigos todos, son invitados á la boda por medio de atentos B. L. M.



Llega el instante supremo y los amigos acompañan á la iglesia á D. Severo;



el cual, una vez allí, cae desplomado, al sentirse herido de súbita idea. —¿Qué pasa? ¿qué sucede? preguntan todos.



Y lo que sucedía quedó luego explicado por el mismo D. Severo, el cual suplicó á sus amigos le perdonasen, porque con el trágico de los muebles, trages, casa, etcétera, etc... ¡se había olvidado de procurarse una novia!

lanzó por sus cien bocas cien raudales de místicas armonías. Un duque solterón y viejo fué su padrino. Una marquesa vieja, fea y viuda forzosa, su madrina. Cinco generales, doce títulos de Castilla, siete encofetadas damas, tres banqueros y dos periodistas aduladores asistieron á la ceremonia. Pusieronle por nombres Carlos, José, Rafael, Enrique, Domingo, Bonifacio.

Y el día del bautizo estuvieron de enhorabuena los asistentes á la ceremonia, varios confiteros, una porción de criados de ambos sexos y un centenar de chiquillos alborotadores.

Nació en la boardilla de una de las casuchas más destartaladas de la corte. Envolvieron su cuerpo en miserables andrajos. Colocaron su cuna—construida con madera, paja y trapos de algodón—al lado de una ventana por cuyas rendijas se colaba, sin pedir permiso, el cierzo de Diciembre. Su madre le dió, desde el primer día, escasa ración de leche y abundante ración de besos.

Cuando le bautizaron, el órgano da la iglesia... permaneció mudo. Un zapatero remendón fué su padrino. Una castañera su madrina. La *señá* Pascasia y su hijo Sebastian asistieron á la ceremonia. Pusieronle por nombre Pedro.

El día del bautizo, el padre de la criatura se gastó cuatro reales en chocolate de Matias Lopez y en bizcochos, y el zapatero remendón le regaló un puro de medio real al hijo de la *señá* Pascasia.

Pasó un año, luego otro, despues otros muchos. Carlos José Rafael Enrique Domingo Bonifacio, aprendió á saludar en francés y á pedir cerveza en alemán. Aprendió también á tirar el florete, á montar á caballo y á guiar un carruaje. Cuando tenía veintidos años quedó huérfano y heredó dos títulos de nobleza, un palacio, dos casas de campo, unas cuantas leguas de tierra fertilísima y noventa mil duros en papel del Estado. Pasado el tiempo reglamentario de luto, compró cuatro yeguas de *pur sang*, se abonó á un palco de la Opera, puso casa á una bailarina, hizo el amor á tres señoras casadas, mató en desafío al marido de una de ellas y dejó en dos semanas veinte mil duros sobre el tapete verde de una mesa del casino.

¿Y Pedro? También quedó huérfano al poco tiempo de cumplir veintidos años y cuando ya ganaba tres pesetas diarias en un taller de carpintería. Pedro, en su infancia, había aprendido á leer, á escribir y á llamar al pan, pan, y al vino, vino. Heredó... el recuerdo de las caricias de su madre y el recuerdo de los consejos de su padre. A los dos años de estar solo en el mundo se casó con la hija de un honrado artesano, la cual hija quería tanto á Perico, que si no llega á casarse con él... ¡vamos! se muere de sentimiento.

¡Ah! se me olvidaba decir á ustedes que, á los nueve meses y algunos días, la mujer de Perico dió á luz un Periquito, más hermoso que el sol.

Un día, Carlos José Rafael, etc., etc., con el rostro livido, con los ojos desencajados, se encerró en una de las habitaciones de su vivienda. Arrojóse

en un sofá, apretóse fuertemente la cabeza con ambas manos y estuvo reflexionando... ¡Reflexionando! ¡Quizá era la primera vez que aquel titero reflexionaba! Siempre había sido enemigo de la reflexión.

Trascurrieron minutos... horas... Carlos José continuaba inmóvil. ¡No estaba así su espíritu!

¡Ah! su espíritu se había empeñado en pasar revista á los principales hechos de la materia en que estaba aprisionado. Y cuando el espíritu irritado se empeña en una cosa... ¡no hay que darle vueltas! se sale con la suya.

La verdad es que el espíritu de Carlos José estaba irritadísimo. La materia le había tenido siempre hecho un esclavo. Le había obligado á seguirla en todas sus brutales aventuras. Le había obligado á ser testigo mudo de espectáculos que le repugnaban. Cuando el pobre quería protestar contra aquellas asquerosas escenas, contra aquellos abusos, le hacían enmudecer á fuerza de *Champagne*. Se resignó forzosamente con su suerte y aguardó á que llegase el día de la venganza.

Ese día había llegado. La materia de Carlos José Rafael estaba rendida de cansancio. El espíritu dió una sacudida, lanzó una ironica carcajada y empezó á pasearse por el cerebro hablando de esta manera:

—¡Carlos José Rafael Enrique Domingo Bonifacio!... ¡Eres un tonto, un estúpido, un cobarde, un bribón y un canalla! Dentro de dos horas, la *crema* de la alta sociedad te honrará con esos adjetivos. Donde quiera que te encuentren tus admiradores de ayer, te mirarán con desprecio... ¡si es que te miran!

El espíritu calló por breves instantes y luego continuó:

—Vamos á ver, hombre, vamos á ver el resumen de tu historia, hecho á grandes rasgos. Tu historia, aunque en la forma parezca variada, en el fondo es monótona. Es la historia de todos los mentecatos que han heredado muchos quintales de oro y no han heredado ni un solo adarme de virtud. ¡Buenas proezas las tuyas, animal!... Has engañado á diez solteras ignorantes y á quince ambiciosas; á dos casadas vanidosas y á otras dos que eran víctimas de sus maridos; á una *honesta* viuda que se vestía de luto porque así estaba más encantadora; á cinco bailarinas y á nueve damas del *demi monde*... Cada conquista de éstas te ha costado, por término medio, dos mil duros. De modo que el engañado eres tú, pedazo de bestia; el dinero restante lo has jugado y lo has perdido. Ya no tienes mujeres que te acaricien, ni amigos que te adulen, ni criados que se inclinen ante ti, ni techo que te cobije, ni coches, ni caballos, ni dinero, ni esperanzas de tenerlo... Debes veinticinco mil duros, que has jugado esta mañana bajo tu palabra de honor... ¡qué risa!... Pero hombre, tú, ¿cuando has tenido honor?

Mira—prosiguió el espíritu cada vez más irritado—mira, animal, atún, infame, te desprecio y no quiero permanecer un instante más á tu lado. Conque ya puedes tomar una determinación...

Carlos se levantó. En su rostro se reflejaba toda la degradación, todo el miedo de que es capaz un malvado cobarde. Abrió con mano convulsa el ca-

jón de la mesa, y sacando una pistola, se saltó la tapa de los sesos.

—¿Sabes?—dijo aquella noche Pedro á su mujer cuando se retiraba á descansar de las fatigas del día—¿sabes lo que ha pasado?... Pues que el señorito aquel que vivía en el palacio de la esquina se ha pegado un tiro.

—¡Dios mío, qué lástima! Tan joven... Tan rico... ¿Qué motivos ha de tener un hombre así para matarse?

—Esos caballeros—replicó Perico mientras se quitaba la chaqueta y la ponía dobladita á los pies de la cama—esos caballeros que heredan tantos mi-

llones, que no se casan, que no tienen hijos tan hermosos como el nuestro, que siempre están en comilonas, y en jaleos, y en diversiones, suelen ser muy desgraciados... Llegan á cansarse de la vida... A mí mis padres nada me dejaron, y, sin embargo, siempre he querido vivir, y trabajar, y...

—¿Y qué?—preguntó la carpintera.

—Y tener lo que tengo: salud, trabajo, un hijo mas hermoso que el sol y una mujercita más buena que el pan...

—¡Calla, adulador!

Sonaron dos besos, despues otros dos, despues... ¡la mar de besos!

TOMÁS CAMACHO.

¡GLORIA AL TRABAJO!

Detrás de una larga siesta dicen que al mundo miró y que el trabajo inventó Dios en un día de fiesta.

Oyó al hombre hostezar, de aburrimiento, de fijo, y el Eterno Padre dijo:

«¡Yo te daré que rascar!»

Echó en la fragua carbón, le dió al fuelle, ardió el hornillo, y fundió un yunque, un martillo, dos palas y un azadón.

Mil herramientas al vuelo forjó el Todopoderoso y las echó cariñoso desde la gloria hasta el suelo.

Ligero como un flechazo, aquel regalo cayó, y hubo hombre que se quedó sin nariz de un martillazo.

Oyóse una carcajada allá en la mansión divina. La broma era peregrina, pero un poquito pesada.

«El trabajo es la alegría», dijo el hombre.—«¡No hay temor! ¡Ea! á regar con sudor nuestro pan de cada día!

¡El más torpe y el más ducho á echar el pulmón de cuajo!... ¡Es muy hermoso el trabajo!... ¡Pero muy hermoso...! ¡Mucho!

La tierra, la dulce amiga del hombre, su fruto encierra y hay que desgarrar la tierra para que brote la espiga.

Y hay que regarla despues, y echar en el surco el grano, para luego en el verauo

segar de raíz la miés.

¡Qué hermosa la rubia alfombra!

¡Qué descansado el arar,

y qué fresca el segar

en Agosto, allí... á la sombra!

¡El sudor que el rostro anega!

¡Y aquel sol que deja ciego...!

¡Qué sería del gallego

si no fuera por la siega?

Ellos pasan sus apuros

pero bien meten la uña.

¡Se vuelven á la Coruña

á pié con catorce duros!

Y echan el quilo á destajo

bajo el sol canicular...

¡Qué hermoso es el trabajar...!

¡Bendito sea el trabajo!

¡Pues y el feliz carpintero

que sierra alegre y sin queja

y el mejor día se deja

un mano en un madero?...!

¡Pues y el dichoso albañil

que trabaja hora tras hora

y se levanta á la aurora

en Diciembre y en Abril!...

¡Que al andamio sube en calma

y el sol de cara recibe

y por dos pesetas vive

expuesto á romperse el alma!...

¡Qué bien premian sus desvelos!

¡Qué dulce es ver en su afán

que no tiene para el pan

de sus pobres pequeñuelos!

¡Y el que, por todo favor,

solo acertó á conseguir

una vara de medir

y detrás del mostrador,

sin que á cosa alguna atienda

sino al trabajo constante,

ve qué no gana bastante para el misnistro de Hacienda,

y víctima siempre en todo

va caminando á su ruina!...

¡Es una cosa divina

el trabajar de ese modo!

¡Eso sí que es divertido...!

¡Trabajar y trabajar...!

¡Lo que es lo de pasear

en coche es muy aburrido!

Y el mantener tres ó cuatro

queridas con mil adornos;

y lo de comer en Fornos

y el ir de noche al teatro;

eso es cosa que da horror,

el tener oro que sobre,

y qué dicha es el ser pobre...

¡ser pobre y trabajador!

¡Pues y el que en vez de una

logró una pluma alcanzar [azada

y se tiene que ganar

la existencia afortunada?...!

Escribir siempre afanoso

sin salir de la pobreza...

¡El trabajar de cabeza,

eso sí que es delicioso!

¡El trabajo es vida y ser

de este mundo bendecido...!

¡Yo, trabajando, me olvido

muchas veces de comer!

Sofiar dorados portentos,

y al acabar la ficción

morir de una indigestión

de ideas y pensamientos.

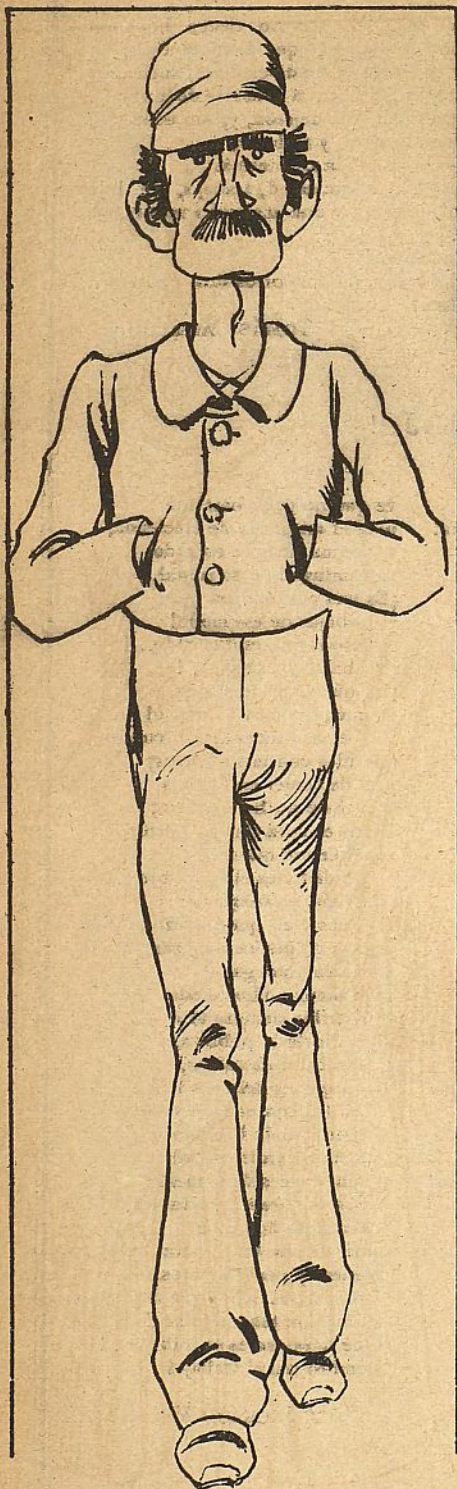
¡Gloria al Señor que nos trajo

distracción tan singular...!

¡Qué hermoso es el trabajar...!

¡Bendito sea el trabajo!

JOSÉ JACKSON VEYAN.



Solo



Do



Solo... con pretensiones de dúo

EL DERECHO DEL DERECHO

A MI BUEN AMIGO EL POETA RICARDO J. CATARINEU.

Cierto enjaulado pardillo
picoteaba a un gorrión
porque el grandísimo pillo
le robaba el cañamón.

En tanto, el gorrión comía,
pues siendo un solemne maula,
bien ó mal, se defendía
con los hierros de la jaula.

Pero el pardillo gritó

¡Favor, socorro, ladrones!
y con presteza acudió
un tribunal de gorriones,
que eran dignos magistrados,
por casual coincidencia,
que volvían reventados
de fallar una sentencia.

Y ejerciendo su misión,
en este caso sencillo,

enjaularon al ladrón
y soltaron al pardillo.

Y el tribunal de gorriones
en unión del presidente,
se comió los cañamones
delante del delincuente.

JOSÉ BRISSA

MISS EDITH.

—¿Ves aquella admirable mujer de dorada cabellera, que pasa en un landó urado por dos irreprochables caballos de pura sangre?

— Soberbia criatura, en efecto.

— Actualmente es la muy legítima esposa del señor Cowley, de la casa Cowley y Land, una de las primeras del Nuevo Mundo. Ese Cowley tiene cincuenta años y es tan rico como Job desde la invención del papel de cigarrillos.

Es alto, seco, habla en voz alta y lleva bigotes rubios (hablo del señor Cowley y no de Job, á quien nunca he visto). En la aristocracia del madapolán es un Montmorency ó un Rohan.

—¿Y esa hermosa joven lo ha aceptado?

—¡Pues hubiera estado bueno que una antigua saltimbanquis hubiera despreciado unos cuantos millones ofrecidos legalmente!

Y, como le miraba con una estupefacción dulce y llena de curiosidad, continuó hablando mi amigo de este modo:

—Conoci á miss Edith en Nueva York, hace cuatro años y, si quieres, puedo contarte su historia.

A la verdad, era una hora en que las narraciones se escuchan con placer, y nos sentamos Santiago y yo, frente á Tortoni, mientras que el sol poniente daba á la Magdalena el aspecto de un inmenso aerolito cuya caída levantara á su alrededor dorada polvareda.

En esa bocanada de luz que la ligera brisa parecía lanzar sobre los bulevares, arrastraban tras sí las mujeres fragmentos de apoteosis. Así, y más radiante que las otras, huía en mi turbado recuerdo el fantasma encantador de la entrevista paseadora. Mi pensamiento no la abandonó ni un instante, mientras Santiago se expresaba en estos términos:

—Miss Edith era sencillamente la primera trapeista del mundo. Quien no la haya visto en traje de acróbata, ignora las sabias correcciones que pueden revestir las formas femeninas por un ejercicio inteligente.

Ninguna exageración muscular podía notarse en aquel cuerpo flexible, de elasticidades violentas, súbitas rigideces y movimientos precisos como los de

un autómatas; los mismos brazos estaban admirablemente torneados y terminaban en dos manos de niño. En cuanto á las piernas, recordaban las de la Diana de Gabies, las más hermosas de la escultura antigua.

Había tenido por maestro á su tío Jobson, ese respetable señor que acabas de ver sentado al lado del cochero, y que tiene aspecto de mayordomo de fábrica. Jobson, que había adoptado á Edith desde muy pequeña, la había convertido en una gimnasta sin rival, no dándole golpes—¡atrás la leyenda de los saltimbanquis torturadores!—sino atiborrándola de dulces y licores finos.

Había sido en otro tiempo un distinguido payaso y obtenido muchos lauros en la barra fija; pero cuando lo conocí, no era más que el empresario de su sobrina. Su parte de colaboración en los ejercicios de ésta consistía en lanzarle los trapecios con ojo certero y traer los pesados objetos con los que ella manifestaba su fuerza.

Así aparecían en las grandes ciudades, anunciados por carteles hiperbólicos, efectuando compromisos proporcionados á la importancia de los teatros que se los disputaban, y pagados lujosamente, á mi modo de ver, allí en donde les convenía dar una serie de representaciones.

Pero lo que más contribuía á aumentar la curiosidad pública en torno á esta joven, era su fama de virtud. Los más guapos y ricos habían puesto á sus pies, calzados con el rojo coturno, ricos tapices y alhajas.

Miss Edith había despreciado desdeñosamente las rosas y pedrerías, recibiendo con implacable sonrisa aque los lisonjeros ultrajes.

Era, para todos, la Juana de Arco de la Nueva Orleans.

Ya habrás adivinado que Edith amaba.

Pero no vayas á creer en algún idilio que deslizaba en ese mundo de oropeles sus misteriosas suavidades, mezclando estremecimientos de brisa con el hálito de los trombones y posando sus blancas manos sobre las barras de los trapecios fugitivos. Miss Edith amaba como puede hacerlo una persona cuya educación no ha desarrollado gustos novelescos y en la que predomina el elemento animal sobre el espiritual. Las rudas lecciones del señor Jobson

no habían dejado sitio á los sueños. Ocultaba, sin embargo, su amor, no por pudor, sino porque si su tío hubiera conocido el indigno objeto de su elección, le hubiera probablemente administrado por la primera vez de su vida una soberbia azotaina.

En verdad que el señor Bob Harris era un payaso horrible, contrahecho, feo; un gesto viviente, sin nada que le hiciera simpático, imitando únicamente las cosas groseras de la vida, no haciendo reír más que al populacho con sucias bufonadas; en una palabra, el más despreciable de los payasos, teniendo por añadidura la reputación de un hombre sin delicadeza alguna con las damas. Porque les caía en gracia el tal mono, con su gran boca pintada de azul, sus ojos abiertos y quemados, sus orejas de fauno y horrible peluca.

¿Cómo Edith había podido enamorarse de ese horrible mamarracho? ¿Cómo aquel tesoro de belleza había podido caer á los ahorquillados piés de ese sátiro? Me declaro impotente para explicarlo, pero me parece que hace algunos siglos que Vulcano se venga de los antiguos desdenes de Venus, y que Polifemo toma su desquite de las durezas de Galatea.

Porque ella lo amaba verdadera, loca y neciamente como una estúpida. ¿Querrás creer que experimentaba celos de él? Casi había obligado á Jobson á contratar á ese monstruo, bajo pretexto de que necesitaban un elemento cómico. Bob Harris viajaba ahora con ellos, vigilado de cerca por su voluntariosa amante, obediente ante ella, pero aprovechando siempre las ocasiones de cometer una infidelidad.

Tal era el estado de los seres y de las cosas, cuando un drama vino á cambiar repentinamente este equilibrio.

La acción pasaba en Nueva York, en la más bella de las Alhambras, ante una multitud que se pisaba los piés silenciosa y concienzudamente. Miss Edith acababa de atravesar to la la sala de dos saltos, pasando como un cometa por entre una constelación de luces de gas. Sus rosadas carnes y el brillo de su ardiente cabellera habían dejado en la atmósfera cargada de pesados olores, un estremecimiento voluptuoso. El humo de los cigarros desarrollaba más suavemente sus espirales al pasar esta visión. La hermosa acróbata iba á pasar á los ejercicios de fuerza. Ya Mr. Jobson, vestido de artillero del ejército del Sur, limpiaba con belicoso celo una soberbia pieza de veinte y cuatro, cuyo retroceso debía soportar Miss Edith colgada por los piés de un trapecio y sujetando el cañon con los dientes.

Fué cosa de un instante. La detonación fué formidable, é invadió la sala una nube tal, que un inmenso estornudo respondió al estampido del trueno. Pero en medio de esta nube, Edith creía haber visto á Bob Harris abrazando á una bailarina.

Sin embargo, no estaba todo terminado. Quedaba lo mejor. El venerable M. Jobson, vestido siempre de artillero del ejército del Sur, acababa de pasar un sólido cinturón al rededor de sus lomos regordetes. Este cinturón llevaba detrás un anillo, y por este anillo, Miss Edith, siempre cabeza abajo,

iba á levantar á su tío y hacerle dar vueltas como un tonto, á sesenta piés de altura, suspendido de sus quijadas.

Realizaban este juego ella con tal maestría y Mr. Jobson con tal dignidad, que la cosa parecía lo más natural del mundo, y no quedaba sobrino que al salir de allí no sintiese ganas de mecer á su tío mordiéndole las nalgas en testimonio de veneración.

Ya hacía algunos segundos que Mr. Jobson, colgado de los incisivos de su sobrina, volteaba vertiginosamente en el espacio, cuando, habiendo Miss Edith lanzado una mirada oblicua hácia los corredores, vió muy distintamente al infiel Bob persiguiendo á su rival.

El golpe llegó al corazón de la bella gimnasta, y la sacudida, turbando su razón, la hizo olvidarse de todo.

—¡Ah!—exclamó con horrible expresión de dolor.

¡Desgraciada!

¡Había abierto la boca y lanzado á su tío en la inmensidad!

Un prolongado grito de horror se oyó en la sala. Todos se alzaron sobre la punta de los piés para ver la catástrofe. Desbordáronse los palcos como redes muy cargadas.

En el sitio en que M. Jobson debiera haber caído, una gran silueta negra dibujaba su cuerpo. Fueron todos de opinión que se había aplastado tan completamente en la caída que sus miembros no tenían espesor, y que la pesantez lo había como pasado por el laminador.

El horror se acentuó ante esta idea. El telón acababa de caer.

¿Cual no fue la sorpresa general, cuando un segundo después, M. Jobson en persona salió á saludar al público en medio de los estrepitosos sonidos de la orquesta! Salvo un faldón de su levita que había perdido, no parecía haber sufrido daño alguno. El entusiasmo llegó á su colmo.

Por otra parte, nada más sencillo que esta casualidad providencial.

Durante los ejercicios de Miss Edith, arreglaban las trampas para el baile de magia que debía seguir. Pues bien, en el mismo sitio en que el desgraciado artillero había caído, estaba precisamente abierta una trampa, invisible bajo un ancho tapiz que cubría el suelo.

M. Jobson había atravesado sencillamente este tapiz, que con su resistencia, antes de desgarrarse bajo su peso, había amortiguado la caída tanto, que el buen tío se había encontrado muellemente sentado sobre la cabeza de Bob Harris, que en loca carrera pasaba al mismo tiempo por los subsuelos.

En cuanto á Miss Edith, su terror había sido tal, que al volver en sí no experimentó hacia Bob Harris más que odio y desprecio. Ella lo hizo desaparecer sobre la marcha. Dos días después M. Cowley, que era apasionado por las excentricidades, le propuso hacerla su esposa. Ella aceptó y todos la creen milagrosamente fiel á su opulento marido.

ARMANDO SILVESTRE.

QUISICOSAS, POR CILLA.



—Esta noche he soñado que estábamos solos, y que yo te daba un beso..

—Y yo ¿qué hacía?

—Nada: te estabas quieto.

—¡Ah, pues entonces no era yo!



La graciosísima Lola,
una chica pizpireta
y guapa como ella sola,
a la que llaman cometa
(porque siempre lleva cola.)



Luna llena

Cuarto menguante

Luna nueva



— En cuanto veas á Enrique, crucifícale á pellizcos; porque nos engaña, hija, nos engaña á las dos...

UN CONFLICTO

¡Lo que es la vida, Señor!
Está uno desprevenido
y se ve comprometido
de firme y á lo mejor.

Ayer salió de paseo
mi buen amigo Ginés:
el cual buen amigo es,
con perdón, bastante feo.

Pero como en los placeres
y en el amor es muy ducho,
aunque feo, tiene mucho
partido con las mujeres.

¡Vaya usted á averiguar
por que ocurren estas cosas!
¡Nunca tienen las hermosas
una razón para amar!

Es el caso que á Ginés
le ayuda en su empresa Dios
y cuando no tiene dos,
tiene, por lo menos, tres.

Sólo una chica barbiana,
muy linda entre la más lindas,
con los labios como guindas
y las mejillas de grana,
se ha resistido á Ginés
y siempre que se decide,
con sus desdenes, impide
que se le vayan los pies.

El ante la oposición
redobla su rudo empeño...
¡Daría por ser su dueño
la mitad del corazón!

Pero ¡inútil machacar!
¡todo ante el hielo se estrella!
El lo daría, pero ella
no se lo quiere tomar.

En cambio, otra pobrecita
que le adora con exceso
llora despreciada, ¡y eso
que también es muy bonita!
Ya sabe Ginés que llora
por él, cuando la halla al paso,
pero nunca la hace caso
¡por lo mismo que le adora!

Hecho el prólogo, ó lo que es,
que considero preciso
voy á lo del compromiso
en que se encontró Ginés.

Salió el hombre á pasear
(estaba el día lluvioso)
con un paraguas precioso
que acababa de comprar.

Al poco tiempo, hacia él
¡oh, hados! vió que venía
la mujer á quien quería
con la que le amaba fiel.

Ambas juntitas, del brazo...
¡tenía el lance salero!

Las saludó el caballero
con un poco de embarazo,
á tiempo que un chaparrón
(aquí empieza el compromiso)
caía, sin previo aviso,
para embrollar la cuestión.

Era preciso ofrecer
el paraguas á cualquiera;
pero, de las dos ¿quién era
la mejor? ¡vamos á ver!

Si del copioso aguacero
á la que amaba libraba,
podría la que le amaba

llamarle mal caballero

Porque pasa en sociedad
pagar con el mal el bien
y el amor con el desdén
¡pero no con crueldad!

Y si haciéndola un favor
el auxilio la ofrecía
del paraguas, ¿qué diría
el objeto de su amor?

Se comprende fácilmente:
lo habría perdido todo
¡no se porta de ese modo
una persona decente!

Apretadillo era el paso
porque llovía y llovía...
y el buen Ginés no sabía
cómo resolver el caso.

Acabó el chubasco, ¡Dios
quiso sacarle de cuitas!
¡Pero estaban caladitas
hasta los huesos las dos!

Ustedes ¡claro! dirán
que no era para apurarse,
pues debió sacrificarse
por las damas el galán.

Con su paraguas cubrir
pudo á las dos el cuitado
y aunque él se hubiera mojado
no lo habría de sentir

¡Es lógico! Pero debo
decir una cosa, y es
que aquella tarde Ginés
tenía sombrero nuevo.

SINESIO DELGADO.

UN REGALO DE BODA

Mi amigo Sátiro es un espíritu volteriano, un hombre que no cree en nada y de todo se burla, con el cual no es posible sostener en serio una conversación que cinco minutos dure, ni mucho menos tratar de asunto alguno que la menor importancia ofrezca, ni emprender cosa que á sensato fin vaya encaminada. Las mujeres dicen de él que el diablo le retoza en el cuerpo, y no falta alguna que, prorrumpiendo en descompuestas carcajadas ante las genialidades de Sátiro, caiga en la tentación de que cargue con ella el diablo. Entre los hombres, unos le desprecian por frívolo, otros le requieren por bufón, y los más le miran como quien vé visiones, ó le oyen como quien oye llover, ó le consideran y le tratan con la más absoluta indiferencia. Cuéntanse de él mil casos y ocurrencias, absurdos ó extravagantes á cual más, que ya desde sus tiernos años diéronle á conocer como la pesadilla y el terror de sus compadres, en el lugar de Andalucía donde na-

ciera el mal engendró. Referiré á la ligera algunos de ellos, para que los lectores si los tengo, tengan á su vez una idea de quien sea nuestro Sátiro.

Una vez, siendo un muchacho de la escuela, como en ella afeitasen al maestro, un pobre viejo acartonado, el tal diablillo, desenvainando y envainando alternativamente un tubo de caña á manera de cerbatana, se complacía en disparar sobre la vacía del barbero huesos de almejas, cuyos huesos, al chocar con el metal, producían con gran contentamiento y risa de los chicos, un plañidero retintín, hasta que el maestro, enfurecido y harto ya de tal repique, asiendo con la diestra la vacía, y profiriendo: —Tú eres el insolente—arrojóla á la cabeza de un infeliz muchacho que, por su desdicha, acababa de entrar en la sala, al cual, si por afortunado azar dejó de romper la crisma la vacía, no acertó, con todo, á librarle de un chapuz de agua de jabón que le puso hecho una lástima.

Otra vez, llevándose de la escuela el tintero en cuyas entrañas mojaba la pluma con que hacía los palotes, nuestro Sátiro fué al mercado á pintar barbas y mostachos en el rostro de la frutera que, se-

gún él, le ponía las peras á cuarto cuando tenía ganas de comerlas.

Otra vez, ató durante la noche un cordel fuerte y delgado á la aldaba puesta para llamar á la puerta de una casa contigua á la suya; y como cada vez que él, desde su propia casa tiraba del cordel, sonaba la aldaba del vecino, este hubo de pasarse gran parte de la noche en viajes hechos desde la cama al portal y viceversa, hasta que cansado de acudir al llamamiento y de no ver alma viviente, acabó por creer en duendes, y habiendo pedido auxilio, se armó tal zipizape, fueron tantas y tales las historias de aparecidos con tal motivo narradas por el vulgo, que en muchos días no existió quien osara transitar, después de las ánimas, por la embrujada calle.

Otra vez, en fin, creciendo en años y en malicia, nuestro endiabrado héroe, á fuerza de fisgar, según lo tenía por costumbre, hubo de sorprender ciertas criminales relaciones entre el alcalde del lugar y la mujer de un su vecino, cuya mujer, en las noches pecaminosas, solía colocar la llave del portal en la gatera, circunstancia que á un tiempo daba acceso y aviso al alcalde enamorado, quien furtivamente así gozaba del objeto de su amor. Atisbado, pues, el lance, Sátiro realizó la travesura de colocar en la gatera cierto aparato construido *ad hoc*; de modo que cuando la autoridad municipal fuese por la codiciada llave, quedara cazada como en un cepo el lobo; y así ocurrió, en efecto, con tanto escándalo del lugar como ridículo del alcalde, ridículo y escándalo que pusieron al maligno autor de tan pesada burla en la dura alternativa de tomar las de Villadiego ó de costarle la torta un pan.

Precedido por la fama de estas y otras análogas travesuras, conocí más tarde á Sátiro, un hombre hecho y derecho, en cuyo compuesto traje y reposado continente, nadie á buen seguro hubiese adivinado la índole aviesa de su espíritu. Verdad es que, observándole bien, aquellos ojos grises pequeños, vivarachos é intencionados, parecían burlarse del mundo entero; y aquella nariz, larga y puntiaguda, traía, sin querer, á la memoria el reloj de sol de que nos habla el buen Quevedo en un célebre soneto.

También sin querer, acabé por intimar con tan extraño tipo; y como un día intentase, aunque en vano, elegirme por blanco de sus gracias, me atreví á decirle:

—Pero, hombre; pero Sátiro, ¿cuándo sentarás esa cabeza?

—Nunca; porque, digo yo: ó somos ó no somos... Mira tu, el nombre obliga, y por algo me llamo Sátiro, y vengo á ser el macho de la sátira, y tengo con mi nombre contraindicada la obligación de burlarme de todo el mundo.

—No estás tú mal macho—dije para mí. Y enseguida para él: —¿Quién repara en esas tonterías? ¿No has visto Blancas negras? ¿Y Cándidas que... ¡Vaya! no me hagas hablar, porque no tengo ganas de enlodarme... Además, eso de Sátiro es un nombre postizo; eso no está escrito en ninguna parte, ni hay quien se llame así.

—¡Que no hay quien se llame como yo! ¡Que no está mi nombre escrito en parte alguna! Tú si que no mereces el pan que comes... ¡Ignorantón!...

Bien se echa de ver que no conoces, ni por el forro, el santoral... Toma, toma dos reales; compra un *Almanaque* de pared; descubre la hoja correspondiente al 12 de Enero; lee y convéncete, descreído, porque allí saldrá San Satiro á sacarte de tu error. Y, en cuanto á mi glorioso patrón, no me lo toques, eso no, no lo tolero; es lo único en que creo y de quien no me burlo ya lo sabes.

—Muchas gracias; yo pensé...

(Se continuará.)

CHIRIGOTAS.

Sr. D. Antonio Fernandez Duro, administrador de Correos de la provincia de Barcelona: Que Vd es una persona dignísima, un empleado celoso como pocos y como pocos atento al cumplimiento de su deber, lo sé yo muy bien. Lo sé y lo celebro.

¡Pero Vd. no me negará que es muy triste lo que me está pasando, señor Fernandez Duro!

Nuestro director, que está ausente, nos mandó el otro día por correo un fajo de papeles, conteniendo originales para el presente número. ¿Usted los ha visto? Pues nosotros tampoco. Y escuso decir á usted lo apuraditos que nos hemos visto para confeccionar el número sin originales.

Item más: la *Crónica* de Royo y Villanova, que debíamos haber recibido ayer, también por correo, no ha llegado á nuestro poder.

Añada Vd. á esto que nuestros suscritores no reciben casi nunca el número y cuando lo reciben es con tres ó cuatro días de retraso; que á Perez Nieva, Matoses, Sanchez Perez, Cilla y otros colaboradores suele llegarles el periódico de higos á brevas; que «El Diario de Bilbao», «La España Artística» y «El Ebro» y otros muchos periódicos se quejan de no recibir el cambio que puntualmente se les manda, que muchos de nuestros corresponsales reciben los paquetes abiertos y con números de menos... y dígame Vd. si con semejante servicio puede haber vida posible, señor administrador de Correos.

Antes, cuando los señores empleados se limitaban á escamotear uno que otro número de los destinados á los suscritores... ¡anda con Dios! se podía vivir; ahora, habiendo llegado ya hasta á interrumpir la marcha regular y ordenada del periódico ¿qué nos toca hacer?

¡Hágame Vd. el favor de ponerse en mi lugar señor administrador de correos de la provincia de Barcelona.



Hemos recibido *El Mundo Alegre*, bonito semanario que edita en Madrid nuestro querido amigo D. Julian Rodriguez.

Que éste era un excelente corresponsal, laborioso y honrado como pocos, ya lo sabíamos; lo que ignorábamos es que Rodriguez se entretuviera en hacer la competencia al mismo Dios.

El cual, como Vds. sabrán, necesitó siete días para hacer este mundo triste en que vivimos.

A diferencia de Julián, que en un día hizo un *Mundo... alegre*, que es lo que hay que ver.

Véanlo Vdes., pues... y comprenlo, que es lo que más interesa.

LEYENDO EL FOLLETÍN, POR CILLA.



«...y Gustavo, aprovechando un descuido de Cristina, la dió 15 puñaladas en el occipucio, trece en el vientre, veinte y cinco en el pecho y unos cuantos cañonazos en la planta del pié. Luego se comió sus riñones...»

ANUNCIOS

CORRESPONSAL
EXCLUSIVAMENTE ENCARGADO DE LA VENTA Y EXPENDICIÓN
DE

La Semana Cómica

EN MADRID
D. JULIAN RODRIGUEZ
Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL
exclusivamente encargado de la venta
DE

LA SEMANA CÓMICA

EN VALENCIA
D. JULIAN PERIS MENCHETA
Calle de Entenza, núm. 40

CORRESPONSAL
DE
— LA SEMANA CÓMICA —
EN LA REPÚBLICA DE MÉXICO
D. RAFAEL B. ORTEGA
Primera de Santo Domingo, número 12.
MÉXICO

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA

EN GUATEMALA
D. Antonio Partegás
Octava Avenida Sur.—Almacén
GUATEMALA

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA
EN LA REPÚBLICA DE VENEZUELA
D. Antonio S. de Bethencourt
Calle del Sur, núm. 4.
GARACAS

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

DE LA
SEMANA CÓMICA

EN PARIS
Madame Schneider
Kiosco 50.—BOULEVARD MONTMARTRE

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

DE
LA SEMANA CÓMICA

EN PARIS
MADAME LEMAITRE
Kiosco 34.—Boulevard des Italiens

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA
Señora Viuda de Pozo é Hijo
Galería Literaria

Calle del Obispo, 55.—Librería
HABANA

LA SEMANA CÓMICA
PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.
Colaboran en él los mejores literatos y los mas
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera.		2'50 "

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º.—Barcelona
Despacho, todos los días laborables de 2 á 4 tard.